

¿qué podremos decir, sino que el uno quiso, y el otro no quiso violar las leyes de la castidad (1)? Es evidente que no se trata aquí del estado de inocencia, en el cual no se hablaba de las rebeliones de la carne. Esto lo confirma el santo doctor indirectamente un poco mas abajo; diciendo, que los buenos ángeles se distinguieron de los malos porque perseveraron en la buena voluntad, mientras que estos se pervirtieron abandonando con una voluntad perversa al soberano bien, del que no se habrían apartado si hubieran querido. Hé aquí en estos diversos estados una determinación verdadera y próximamente libre de la voluntad, tanto para el pecado como para la perseverancia en el bien. Tal es también la esplicación de la necesidad, que el santo doctor dice no ser contraria á nuestra libertad, es decir, la necesidad de querer, supuesto que queramos, y que los teólogos llaman necesidad consiguiente; como también de la necesidad con que se comete una falta prevista por el Señor, el que aunque deja obrar las causas segundas, no hace otra cosa que permitir el mal formal del pecado.

Por lo que mira al fondo del tratado de la Ciudad de Dios, plan magnífico que abraza y desenvuelve toda la economía de la sociedad de los verdaderos adoradores del Altísimo, es de admirar sobre todo la sabiduría, la erudición, la destreza y exactitud con que Agustín, todavía mas admirable aquí que en otras obras suyas, penetra, combina, presenta y maneja magistralmente los sucesos y las revoluciones de todas las edades. Recorriendo la historia profana desde los tiempos mas oscuros de la guerra de Troya, hace ver que los dioses ni preservaron ni libertaron á sus adoradores de las calamidades inseparables de la condicion y de las pasiones humanas. Insiste particularmente

(1) Cap. 6.

sobre las revoluciones de las guerras púnicas y sobre las guerras civiles de Mario y Sila; y despues, demostrando que estos azotes habían sido mucho mas horribles que las invasiones de los godos, concluye, que era injusto querer atribuir al culto de los dioses la prosperidad del imperio, ó sus desventuras al establecimiento del cristianismo.

Esforzando mas y mas este principio, «hubo, prosigue, otros grandes Estados que sufrieron por mucho tiempo reveses y calamidades, y cayeron por fin en una total decadencia. Tales son entre otros los famosos reinos de los asirios, de los persas y egipcios: luego ó los dioses no tuvieron parte en su suerte, ó la proteccion de estas divindades es impotente. Los judíos, por otra parte, adoradores de un solo Dios, gozaron sus dias de gloria y de prosperidad. Sin embargo, la grandeza de los imperios no es efecto del acaso ni de un destino ciego y sin poder alguno. Luego es obra de la Providencia ó del Ser Supremo, que disponiendo de las mayores y mas grandes cosas, basta por su inmensidad para el cuidado de las mas pequeñas. Plúgole recompensar con las prosperidades temporales las virtudes humanas de los antiguos romanos, su frugalidad, su moderación, su desinterés personal, su celo por el bien público, y la generosidad de su valor, aunque estas cualidades brillantes fuesen casi siempre obra del amor propio, que enfrenaba los demas vicios, pero vicios mas criminales que la vanidad. Así el remunerador todopoderoso y magnífico, que honra hasta los menores vestigios de virtud, y que la corona en el mismo cieno con que se desfigura, concedió á los romanos el poder y dominio en que hacian consistir la felicidad; mas para que no se creyese necesario el culto de los dioses para reinar, otorgó el Dios de los dioses un reinado feliz y largo al gran Cons-

tantino, enemigo de los ídolos. Por una conducta contraria, aunque igualmente sabia y santa, para que los emperadores no fuesen cristianos precisamente por gozar de los bienes temporales, sacó de este mundo al religioso Joviano mas pronto que á Juliano apóstata; y como árbitro absoluto de las causas como de los efectos, hizo triunfar las armas del piadoso Teodosio, y permitió que la virtud de Graciano fuese víctima de un tirano.

Observemos de paso que las desgracias temporales no siempre son en esta vida penas del pecado; y que este error es tan contrario á los principios de San Agustín, como al sentir de la Iglesia que le ha condenado. Dice este Padre espresamente que las adversidades fueron para Job prueba de su virtud; y aun añade, que independientemente de las faltas que cometen los hombres mas justos y de las penas temporales que por esto merecen, el Señor quiso que los bienes y los males de esta vida fuesen comunes á los buenos y á los malos; porque preparó para lo futuro bienes y males que harán separadamente la felicidad ó la desgracia de unos y otros: economía sabia, que nos muestra al mismo tiempo el desprecio que Dios hace y se debe hacer de los bienes de esta vida por la indignidad de aquellos á quienes los abandona. No quiso dar lugar de este modo á los hombres á que se precipitasen en una desgracia sin medida y sin fin por el temor de lo que llaman males y que él distribuye ordinariamente á sus amigos como sus mas preciosos favores. Si aquí no castigase de un modo sensible ningun pecado, podría el hombre imaginarse que no hay Providencia; y si todos fueran castigados en este mundo, se persuadiría de que nada se reserva para el último juicio. Acontece lo propio con los bienes aparentes de esta vida; si Dios no los concediera á ninguno de sus siervos,

pareceria que estos bienes no dependen de él; y si los diese á todos sus adoradores fieles, no le serviríamos sino por este género de recompensas. Así la piedad no tendría otro estímulo que la codicia, ó por lo menos el espíritu bajo y carnal de la ley de servidumbre ocuparía el lugar de la ley del espíritu y del amor de los bienes invisibles (1).

Así nos enseña San Agustín á no emplear sino con sobriedad las amenazas y las recompensas temporales para escitar así á la huida del vicio como á la práctica de la virtud. Con efecto, es necesario procurar no proponer con mas celo que discrecion los contratiempos de los enemigos de la Iglesia como otros tantos castigos divinos, y las ventajas de sus defensores como pruebas incontestables de la verdad. Pueden estas promesas y estas amenazas deslumbrar por un momento á los sencillos; pero cuando las ven sin efecto, como acaece las mas de las veces en la conducta casi siempre impenetrable de la Providencia, entonces lo que debia hacer el apoyo de la fé, viene á ser su escándalo. Con la piedad mas ingeniosa es preciso acudir en mil ocasiones á la profundidad de los juicios divinos. Ahora bien: cuando las pruebas de induccion no son siempre concluyentes, nunca lo son.

A lo último del tratado, principalmente en el libro veinte y uno, insiste el santo doctor sobre la resurreccion de Jesucristo, como el testimonio mas convincente de su divinidad y de la verdad de nuestra Religion: deduciendo las pruebas de esta resurreccion, de que el mundo entero la creyó por la predicación de los Apóstoles. «Hé aquí, dice, tres cosas inconcebibles, á saber, que Jesucristo resucitó, que el mundo ha creído una cosa tan dudosa, y que un corto número de hombres groseros ó ignorantes la

(1) August. de Civit. Dei, lib. 1, cap. 8.

persuadieron á los mismos sabios. No quieren nuestros contrarios creer la primera: ven y confiesan la segunda; y son incapaces de decir cómo sucedió, si no es por la tercera. Efectivamente: aquellos hombres despreciables que decían haber visto á Jesucristo subir al cielo, no solo lo aseguraban, sino que lo confirmaban con los mayores milagros, y esto en el siglo mas ilustrado y menos accesible á ficciones y supercherias. ¿Por qué, pues, dirá alguno, no se hacen ya semejantes milagros? Porque no son de la misma necesidad desde que la fé del mundo entero nos suministra un milagro siempre subsistente. Sin embargo, todavía se obran, por mas que no tengan la misma celebridad y sean poco conocidos fuera de los lugares en donde se hacen. Refiere sobre este particular hasta veinte y dos milagros, de que da fé por haberlos visto él mismo, ó haberlos oido de testigos oculares á quienes conocía; añadiendo que omite un número incomparablemente mayor.

Para dar todavía mas peso á una obra cuyo buen éxito tanto importaba á la Religion, consiguió de Orosio que escribiese su historia, la cual contribuyó efectivamente á dar nuevo apoyo á la Ciudad de Dios. Regresaba de Palestina el historiador español por Africa, conforme á su promesa, con las cartas de Heros y Lázaro contra Pelagio. Era á la sazón España teatro lúgubre de las desolaciones de innumerables y crueles enjambres de bárbaros, y por eso no pudo Orosio regresar al seno de su patria tan pronto como deseaba. En este intervalo se cree emprendió su historia, en la que recorre sumariamente las diferentes edades del mundo desde el diluvio hasta su tiempo; pero como su principal objeto era la edificación de los romanos, se estiende mucho mas sobre la historia romana que sobre las demas, y reúne todos los sucesos propios para hacer ver á los paganos que en to-

dos tiempos y en todos los cultos el género humano habia padecido los mismos azotes que se sufrían entonces.

Traía Orosio á España algunas reliquias de San Esteban, las primeras del príncipe de los mártires que habian llegado á Occidente. Habian sido descubiertos pocos años antes estos preciosos despojos por medio de la revelacion hecha por tres diferentes veces á un santo sacerdote llamado Luciano, y establecido en la iglesia de Jerusalem, en el momento mismo en que el obispo Juan se hallaba en el Concilio de Dióspolis (1). Despues de la tercera aparicion de Gamaliel, que habia sido enterrado con su hijo Abibas y su amigo Nicodemo en el mismo lugar que San Esteban cerca del arrabal de Cafargamala, es decir, arrabal de Gamaliel, temiendo Luciano resistir á la orden de Dios, fué á referirlo todo á su obispo. Éste, derramando lágrimas de alegría y alabando á Dios, le mostró un monton de piedras en un campo particular, en donde le mandó cavar, pues ya tenia el obispo noticia de una tradicion concerniente al lugar donde yacían estos cuerpos santos. Luciano partió presuroso á noticiar á los habitantes de aquel parage el tesoro depositado en su territorio, convidándolos á que fuesen á cavar con él á la mañana siguiente. Mas aquella noche tuvo revelacion el monge Migecio, hombre de una vida pura y sencilla, de que aquel monton de piedras no era sino un monumento de luto usado entre los judíos, y que las santas reliquias descansaban mas al Oriente en un viejo sepulcro que amenazaba ruina. Avisó de esto á Luciano y á los que en vano se fatigaban. Y efectivamente, abrieron estos el túmulo, y encontraron en él tres cajas ó féretros con una piedra en que estaban grabados en ca-

(1) *Marcel. Chron. ann. 418: Epist. Lucian. num. 8; Phot. cap. 17.*

rácteres siriacos los nombres de Esteban, Nicodemo, Gamaliel y Abibas.

Inmediatamente comunicaron esta grata noticia al obispo Juan, que partió de Dióspolis, acompañado de otros dos obispos, para recoger las reliquias con la solemnidad conveniente. Al abrir la caja de San Esteban se sintieron penetrados de un santo horror todos los que estaban inmediatos; sintióse muy á lo lejos un temblor de tierra, y se exhaló un olor tan agradable y tan extraordinario que los circustantes le tuvieron por sobrenatural y milagroso. El cuerpo del mártir estaba reducido á cenizas, á escepcion de los huesos que estaban perfectamente conservados y en su situacion natural; pero estas cenizas sagradas tenían una virtud poderosa.

Entre la inmensa multitud de espectadores y de enfermos atraídos por la curiosidad ó por la Religion, hubo setenta y tres personas que sanaron repentinamente al abrir el féretro: unas de fiebres, de dolores de las entrañas y de la cabeza; otras de flujos de sangre, de fistulas inveteradas, de humores frios y de epilepsia. Besaron todos con un profundo respeto las santas reliquias, y despues las encerraron de nuevo; y cantando himnos y salmos, condujeron las de San Esteban á la iglesia de Sion, en donde habia sido ordenado diácono, dejando no obstante parte de ellas en Cafargamala, honrada por tanto tiempo con su presencia. Esta traslacion se hizo en 26 de diciembre, en cuyo dia honró despues la Iglesia al santo mártir, aunque la memoria de esta traslacion se haga ahora el dia 3 de agosto, sin que sepamos la causa. Durante la ceremonia cayó una lluvia abundante que evitó el hambre con que una larga sequedad amenazaba á todo el pais.

El sacerdote Luciano dió parte de las reliquias que habia guardado, es decir, de algunos huesos y alguna parte de las carnes

reducidas á polvo, á un sacerdote español llamado Avito que se hallaba ya desde algun tiempo en Palestina, y Avito las envió á España por Orosio con una relacion del modo con que fueron halladas. El espíritu de fé les hizo creer que para el clero y pueblos de Lusitania sería un poderoso consuelo en las irrupciones y persecuciones de los bárbaros; y que nada sería tan propio para alentar el valor de los fieles, como tener presentes los instrumentos del primer triunfo conseguido de los enemigos de la fé.

Orosio, despues de haberse detenido algun tiempo en Africa, quiso por fin entrar en España; pero no pudo, ó no se atrevió á pisar el continente á causa de los bárbaros que le infestaban. Aportó á la isla de Menorca, y permaneció algun tiempo en la ciudad de Magon, hoy Mahon, célebre ya en aquel tiempo por su escelente puerto. Las reliquias de que era portador fueron depositadas en una iglesia próxima de la ciudad. Parecia que el espíritu del santo mártir, que con tanto arrojo destruyó la impiedad judaica, habia inspirado á todos los fieles, pues en gran número corrian á tributar á las reliquias sus honores religiosos. Los cristianos principiaron por toda la ciudad llena de judíos á disputar contra ellos sobre la Religion. De estas disputas particulares pasaron á una conferencia pública y formal, y los judíos se prepararon no tanto con argumentos y doctrina, como con piedras, palos y todo género de instrumentos ofensivos de que llenaron sus sinagogas. Tenian mucha confianza en el poder y riquezas de su gefe, á quien llamaban patriarca, y tambien enviaron á llamar á un tal Teodoro, que tenia entre ellos extraordinaria autoridad y habia pasado á la isla de Mallorca.

El obispo Severo se hallaba tambien ausente de Menorca, pero regresó apresuradamente á ella con muchos fieles, animado

por unas visiones que despues acreditó el resultado (1). Túvolas asimismo Teodoro, y facilitaron mucho su conversion. Mandó entretanto el obispo dar parte de su llegada á los judíos, y habiendo acudido á la casa en donde estaba alojado, les dijo con benignidad: «Hermanos míos, ¿por qué en una ciudad, gobernada por leyes romanas, hicisteis provision de armas y palos, como si tuvierais que habéros las con salteadores y bárbaros? ¿Qué injustos sois! Quereis nuestra muerte, y nosotros no deseamos mas que vuestra vida y salvacion.» Los judíos, que creían estar muy secreta su trama, todo lo negaron con juramento. «¿Para qué es perjurar, dijo el obispo, si la vista sola de los lugares basta para confundiros? Vamos á la Sinagoga;» y todos fueron cantando un salmo en comun, judíos y cristianos; pero en el camino unas mugeres judías arrojaron desde las ventanas unas piedras grandes, bien que á nadie hirieron. Los fieles por su parte, á pesar de los ruegos y exhortaciones del obispo para contentarlos, acometieron á los judíos; pero nadie quedó herido en esta ocasion. Sin embargo, los cristianos se apoderaron de la sinagoga, que á la sazón parecia un arsenal; la quemaron despues de haber sacado los libros sagrados, por no verlos profanados, y entregaron la plata á los judíos para convencerlos de su perfecto desinterés. De aquí regresaron á la iglesia con una tranquilidad y moderacion, que dejó como absortos á aquellos, cuya conversion deseaban y pedian al Señor.

Obraron con eficacia en sus corazones tan santos deseos, y mas que todo la intercesion del santo mártir. El judío Ruben, unido intimamente con Teodoro, abjuró al instante y con tanto fervor el judaismo que públicamente reprendió á los demas su indocilidad. Fué Teodoro tres dias despues á

(1) Epist. Sever. de mirac. S. Steph. num. 2.

la sinagoga incendiada, cuyas paredes aun permanecian en pié. Nunca habia mostrado mas celo por la ley judaica, y la defendió con todo el ardor y firmeza que puede inspirar la presuncion, cuando hé aquí que de repente comenzó á gritar el pueblo cristiano: *Teodoro, cree en Jesucristo.* Los judíos al oír esto opinaron que Teodoro creia ya en Jesucristo; y consternados de verse abandonados de su gefe, se derramaron por todas partes: corrian las mugeres con el cabello suelto, llorando y repitiendo: *¿Qué hiciste, Teodoro, qué hiciste?* En un momento quedóse solo Teodoro de tantos judíos como habia en la plaza, atónito, suspenso y confuso al observar que todos sus hermanos le habian desamparado: *¿Qué temeis?* le dijo entonces Ruben, convertido ya. *El medio mas seguro para vivir, así en este como en el otro mundo, es creer en Jesucristo.*

Entonces recordó Teodoro el sueño misterioso que habia tenido, y notando al rededor de sí monges que cantaban, como en la vision los habia visto, quedó pensativo por algunos momentos. Despues dijo al obispo y á los cristianos: «haré lo que deseais, os lo ofrezco; mas para que mi conversion sea mas útil, dadme tiempo para arengar á mi pueblo.» Mostraron todos los fieles su alegría del modo mas espresivo: los mas distinguidos corrieron á abrazarle, otros ansiaban oírle, y todos se abalanzaban á verle y aplaudirle. Regresó á su casa, y los cristianos se dirigieron á la iglesia á ofrecer en accion de gracias los sagrados misterios, y al salir vieron una multitud de judíos que venian á pedir al obispo que se les contase en el número de los siervos de Jesucristo. Tornaron con esto á la iglesia, en la que de nuevo alabaron y bendijeron al Señor, y el obispo los puso á todos en el número de los catecúmenos.

No se pudo al otro dia principiár el santo sacrificio hasta la una de la tarde: tan

ocupado se hallaba el obispo con los judíos que se presentaban para ser inscritos. Se aguardaba entretanto con impaciencia que Teodoro cumpliera su oferta, y dijo que queria convencer antes á su muger que habia quedado en la isla de Mallorca. Pensamiento fué este que los cristianos aplaudieron; mas el fervor de los judíos convertidos se ofendió de la dilacion. Pero Teodoro satisfizo sus deseos, siguiendo su ejemplo la multitud, y entre otros un viejo de ciento y dos años. Hasta los mismos rabinos se rindieron sin disputar: algunos judíos estranjeros, á quienes urgia hacerse á la vela, quisieron mas perder la ocasion que se les presentaba, que dejar de seguir los movimientos de la gracia. Solo hubo algunas mugeres que por algun tiempo permanecieron obstinadas. Pasados ocho dias, una de ellas que habia tomado el partido de huir por mar, conducida de nuevo á la isla, fué á echarse á los pies del obispo, rogándole con lágrimas que la reconciliase. «¿Pero por qué, la dijo el prelado, por qué tomasteis el partido de la huida?»—«Aunque el profeta Jonás, le respondió, intentó ocultarse á los ojos del Señor, no por eso dejó de cumplir su santa voluntad.» Por fin, quinientas y cuarenta personas judías se convirtieron en ocho dias, contando desde el 2 de febrero de este año 418; y demolieron por sí mismos los restos de sus sinagogas, y edificaron despues una hermosa iglesia, trabajando en ella por sus propias manos los mas distinguidos de su nacion.

Notició Severo al clero y á todos los fieles del universo este feliz suceso, en una carta que se ha conservado hasta nuestros dias. Remitida á Uzala, en Africa, al obispo Evodio, antiguo amigo de San Agustin, se leyó públicamente en la iglesia un dia en que por fortuna se recibieron allí tambien reliquias del mártir, á quien en ella tanto se honraba. He aquí como logró este inesti-

mable tesoro. Oyendo unos monges de Uzala contar á Orosio las maravillas acaecidas en Oriente, encontraron ocasion de procurarse una botellita con sangre del mártir San Esteban y algunos pequeños fragmentos de sus huesos. El obispo Evodio salió en procesion á recibirlas fuera de la ciudad con pompa y solemnidad conforme á la alegría pública, y el cielo quiso honrar esta primera ceremonia con un milagro. Por sola la invocacion del Santo quedó sano un barbero llamado Concordio, que de una caída se habia quebrado un pié, el cual inmediatamente acudió á dar gracias junto al santo depósito, encendió cirios, segun entonces se usaba, y en testimonio del milagro dejó allí el palo, sin el cual no podia andar antes (1). Habiendo el obispo celebrado los divinos misterios en una iglesia inmediata, partió el clero acompañado de inmenso pueblo que caminaba con orden y en muchos coros, llevando luces, cantando salmos, y repitiendo aquellas palabras de la Escritura: *Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.* El obispo estaba sentado en un carro adornado, y con las reliquias sobre sus rodillas: de este modo las condujo con una lentitud magestuosa hasta la ciudad, adonde no llegaron hasta la tarde, y las depositó cubiertas con un velo blanco en el santuario de la iglesia principal sobre el trono del obispo. Acudió el mismo dia á esta escena una panadera muy conocida y ciega, con aquel grado de fé que obra los prodigios: dispuso que la acercasen á las reliquias, tomó á tientas la estremidad del velo que las cubria, y le aplicó á sus ojos; y hecho esto, regresó á su casa. Quedó tan perfectamente curada durante la noche, que á la mañana siguiente muy temprano corrió á la iglesia á dar gracias al Señor.

Colocáronse despues de esto las reli-

(1) Sever. lib. 1, cap. 4.